

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 27 de Mayo de 1922.

HEMEROTECA MUNICIPAL
Número 21.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta obra, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Cierva está demasiado gordo para el acrobatismo político. Del batacazo que ha dado el miércoles se ha reído el Congreso entero, sin excepción; en votación ordinaria, como si dijéramos.

No he oído hablar nunca á Cierva. Pero una persona respetable me ha contado que en sus días de furiosa oposición, conforme habla se hincha, se hincha como el perro negro de Fausto. Sin embargo, nadie se impresionaba ya, porque sabe todo el mundo que no estalla; y si estallara, el diablo que saliera de su estallido no sería Meístófeles, sino un pobre diablo.

No se le cuece el pan á Cierva de ver que Sánchez Guerra acaudilla el partido conservador; y por si faltara algo, la famosa concentración liberal ha irrumpido en su feudo de Murcia temiblemente activa y arrolladora como aquel fundador de una dinastía china que tenía veinte codos articulados, y con el peligro además de hablar por todos ellos.

Entonces se le ha ocurrido una idea genial: conmovér á la opinión presentando á los conservadores como poco conservadores y á los liberales como poco liberales. Para lo primero ha hablado de los nefandos proyectos tributarios; para lo segundo ha querido que los concentrados rectificaran en el Parlamento algunas de sus atrevidas teorías. Así, todos tendríamos que arrojarlos en brazos de Cierva como nuestro único salvador. El plan quiere ser maquiavélico. Pero don Juan debe dejar á Maquiavelo; se entiende mejor

con *Ojo de Perro* y con la *Cacica de Yecla*, sus ilustres correligionarios.

Pensando en esto, he caído en una cosa curiosa. Casi siempre que gentes de la derecha combaten orientaciones liberales, van por un camino tortuoso. Procuran desacreditar á quienes las proclaman, culpándolos de que no las profesan; pero suelen no hablar contra las orientaciones. Para desacreditar liberales (escribo liberales en el buen sentido de la palabra, sin acordarme de los jefes concentrados) no se les acusa de adictos al liberalismo, sino de traidores al liberalismo, de far-santes.

Me parece que los derechistas sienten cierta íntima vergüenza de ser derechistas, lo cual es el sentimiento que más les honra. ¿Cuántos se atrevían durante la guerra europea á decir que eran germanófilos? Pocos; los más eran españoles y reñales. ¿Quién proclamaba que es católico rancio y á machamartillo? Nadie; todos son creyentes nada más. Y muchos añaden que lo son, porque «en algo hay que creer».

Los enconos personales han podido más que el espíritu de cuerpo (ya se sabe que espíritu de cuerpo es el convenio de unos cuantos para reventar á los más) y han salido, no digamos precisamente á relucir, asuntos terribles entre los jefes más prestigiosos del ejército de África.

Como ciertas cantidades de culpa no pueden contraerse en dos días, cabe preguntar á quienes ahora denuncian con más ó menos publicidad determinados hechos, por qué permitieron que el mal se hiciera tan grave, si tuvieron conocimiento de él desde sus principios; y más aun, si entre sus deberes estaba el de la vigilancia y el de la organización.

Horroriza pensar que asuntos de cierta índole se toleran ó se denuncian según que culpable y si bedor estén amigos, ó anden á la greña. Porque ya no sabemos si será peor que los jefes regañen, ó que estén en buena armonía.

Don Alfonso ha dado espléndido alojamiento á la ex emperatriz de Austria-Hungría, desterrada por la revolución de su país. Los periódicos monárquicos alaban el rasgo, y yo, imparcialmente, me conmuevo y deseo para don Alfonso, como otra vez he di-

cho, beneficios tan grandes como los que él acaba de hacer.

A sentimientos justos no hay quien me gane.

¿Notan ustedes que el Cristo de Limpías ha caído mucho? Derrame usted lágrimas y nueva usted cosas para esto.

En la Prensa hea encuentro la noticia de una peregrinación madrileña que ha estado en Limpías; la noticia escueta, en una de las planas interiores y sin una palabra de prodigios. Como si se tratara de un Cristo cualquiera.

Desvelado por esta grave cuestión, he imaginado una teoría de las imágenes milagrosas:

Se descubren ó se inventan en una imagen aptitudes para ciertas habilidades. La Iglesia en masa, por interés con un, enalza y acrecienta el Santo ó el Cristo que llora, que si da, que me nea esto ó lo de más allá; afluyen los fieles y el dinero; se organizan fiestas, y *El Siglo Futuro* publica artículos largos en primera plana. Todo es entusiasmo y visitas y estampas tocadas y cepillos.

Pero llega un momento en que los más párrocos empujan á sentir su pequeña envidia y su escama de que el santo de moda les quita la parroquia; y entonces se dan maña para insistir á sus respectivos fieles que no hay que perder el juicio, que la imagen acreditada no hace la mitad de gracias de las que dice la gente, y que si á aquella se le caen las lágrimas, él tiene otra que parece que va á romper á llorar á grito herido de un momento á otro. Y las peregrinaciones disminuyen, y *El Siglo Futuro* publica noticias escuetas en la plana de anuncios.

Así la Iglesia sostiene su honra á gran altura, y distribuye el provecho entre sus ministros con relativa equidad.

Esta es la teoría que se me ha ocurrido, con permiso de la autoridad eclesiástica.

Aquí llegaba, cuando leo en la Prensa de hoy, jueves, lo siguiente, que viene á corroborar mi pensamiento:

«La imagen del Cristo que se venera en la Iglesia de la Purísima Concepción, regentada por los Capuchinos, derrama lágrimas y abre y cierra los ojos cuando los fieles acuden á rezarle él.»

¡A Melilla, clericales, á Melilla, á llorar con el Cristo de los frailes!

Y si no queréis volver, contad con mi aplauso más entusiasta y sincero.

Trozo de "La eterna vida" Precursores de EL MOTIN

¡Sin Dios! ¡Sin un creador esos innumerales mundos que no puede abarcar la más loca fantasía! ¡Sin un legislador la naturaleza sometida, en sus infinitos detalles, á inflexibles leyes! Nebulosas decimos que engendraron el sol y los planetas: ¿de dónde salieron? ¿Cómo entraron en ese movimiento de relación que, á nuestro juicio, las convirtió en fuego, en agua, en rocas? ¿Hubió de llevar consigo los gérmenes de todo ser y de toda vida; ¿dónde los adquirieron? Me explico por el sistema de Darwin la progresión de la vida, no el origen...

¡Sin Dios! ¡Sin paraíso! ¡Sin infierno! ¿No tendrán, pues, castigo los que vivieron gozando del fruto de sus maldades, ni recompensa los que se sacrificaron por nobles causas? ¿Quién arrostrará entonces el martirio? ¿Quién no buscará por medios ilícitos el disfrute de los bienes de la tierra? ¿Le mora? Se viene abajo.

¡Sin Dios! Voltaire, el más osado de los filósofos, reconoció que lo había. Kant lo negó en su *Crítica de la razón práctica*. Comte, con haber fundado la religión de la Humanidad, no se atrevió á negarlo. Aunque dándole distintas formas, lo adoraron los pueblos todos de la tierra. Han sido siempre pocos los ateos. ¿Se habrá engañado en los siglos de los siglos nuestro linaje?...

No es realmente fácil concebir un ser sin principio ni fin creador de cuanto existe; ¿lo es más concebir sin principio ni fin el mundo, todo mutanzas?...

¡El espacio! He aquí el escollo. Si fué obra de Dios ¿dónde estaba Dios antes que espacio hubiera? Ni ¿de dónde pudo sacarlo? D: espacio necesitaban las primeras nebulosas para existir y rodar sobre sus ejes...

¿No podré nunca desvanecer mi duda? No sin la fe, dicen los teólogos. ¿Puedo acaso afirmar lo que mi razón no afirma? Por tu razón, replican, no rasgarás nunca el velo que te cubre la verdad que indagas. Y así por la fe? He leído la Biblia, y he casi negado á Dios, tales son los desatinos que entre muchas verdades contiene. No puedo ver un Dios en Jehová, no lo puedo ver en Cristo...

¡Oh Dios! ¡oh Dios! Si existes, ¿por qué no te dejas ver de los hombres? Cruzas tú el horizonte, aunque fuese en el carro que los profetas describieron, y todos te reconoceríamos y te adoraríamos. ¿Por qué rindieros culto al sol tantas y tan distinguidas gentes sino porque le veían espaldando luz, calor y vida sobre la oscura tierra? Dicen que quieres que te veamos en tus obras: ¿por dónde sabemos que son tuyas? Si, este es el problema, esta es la cuestión que me preocupa.

Por no haberte dejado ver de nadie, quiénes te concibieron hombre, quiénes monstruo, quiénes en la plenitud de la vida, quiénes anciano, quiénes uno, quiénes trino, quiénes orando por ti, quiénes por divinidades inferiores, por espíritus ó números.

¿Quién eres, por fin, tú? ¡Ay! Lo ignoran los filósofos de todas las escuelas y los sacerdotes de todos los cultos. Ninguno te ve más que por los ojos de la fantasía; ninguno te define sino por una serie de negociaciones.

¿Y creo aún en Dios? Ni creo, ni descreo: siempre la duda.—F. PÍ y MARGALL

En aquellos tiempos por los cuales suspiran los clericales de hoy, la realidad no tenía nada de fortificadora.

Sin Gregorio Nacianceno sufrió los reproches y las censuras más acres de los obispos. Oigamos su justificación:

«Yo ignoraba (Orat. 32, p. 526), exclama en el Concilio de Constantinopla, que necesitásemos rivalizar en magisterio con los gobernadores y los generales que poseen grandes riquezas sin saber en qué emplearlas. Yo ignoraba que, abusando del patrimonio de los pobres para satisfacer mi lujo y procurar una clase de placeres, pudiese disparar en superficialidad cosas tan necesarias, y presentarme en el altar con la cabeza trastornada por los vapores de una buena mesa. Yo ignoraba también que un obispo tuviera necesidad de montar un caballo fogoso y hacerse llevar en un magnífico coche rodeado de un fiuto desluabrador... Yo ignoraba todo eso; la falta está cometida; os ruego que me la perdonéis.»

San Jerónimo hace oír los mismos clamores en la cristiandad latina:

«Los obispos hablan como los apóstoles, fize el santo, y viven como los príncipes del siglo; predicán la pobreza y la cruz de Jesucristo, y no respiran más que la vanidad y la pasión por los placeres carnales; son los sucesores de aquellos que eran severos y mayor lomo de los pobres, y se dedican á tratar magníficamente á los grandes del imperio, y les disputan el premio de la magnificencia, y así lo ganan comprando con el patrimonio de los pobres lo que los príncipes del mundo no se atreven á comprar para sus palacios y sus tesoros.»

San Bonifacio nos ha dejado un cuadro edificante de la moral del episcopado y de todo el clero á principios del siglo VIII, escribiendo al Papa Zacharias:

«En muchos puntos, dice, las sillas episcopales están entregadas á codiciosos seglares ó á clérigos corrompidos. Hay entre ellos diáconos, como ellos quieren ser llamados, que desde su infancia viven en el adulterio y en la disipación y que admiten cada noche en su lecho cuatro ó cinco concubinas y más... Esos son los titulos con que llegan al sacerdocio, y de grado en grado al episcopado. También hay entre ellos obispos que pretenden no ser ni fornicadores ni adúlteros, pero que se entregan á la embriaguez y á la caza, como batan armados y derraman con sus propias manos la sangre de los hombres gentiles ó cristianos. (San Bonifacio, epístola 132, página 182).»

Si hubiera sido yo contemporáneo de esos tres santos, habríalos ayudado con un Motin manuscrito, por no haberse aun inventado la imprenta, á meter en cintura á los obispos de aquel tiempo.

Y si ellos viviesen hoy, ¡qué artículos suyos hubiese publicado EL MOTIN, tan anatematizado por los obispos de ahora!

Les tiendo fraternalmente la mano á través de los siglos, y reconozco y declaro humildemente que yo no he

logrado retratar tan fielmente á los obispos de estos tiempos, como ellos á los de los suyos, á pesar de que existen ejemplares dignos de competir en todo con aquellos.

PATERNIDAD

D:spacho elegante. Personajes: Ricardo, cuarenta y dos años; Amalia, treinta y och; A lofo, doce.

Ricardo, sentado, leyó en un periódico; Amalia y A lofo entraron. Amalia viste traje de mañana, muy sencillo; trae la mantilla puesta y tres ó cuatro floreros de oración en la mano. A lofo viste un traje negro, azulado, de punto de colegio bien raglamentado, bien peinado; trae también un libro de mist. Al entrar se arruilla delante de su padre y le besa la mano. Amalia le contempla con satisfacción.

A lofo.—¿Me perdonas, papá?

Ricardo.—(Tratándole afable).—¡Hijo!... Levántate. Dame un beso... Temprano habéis salido, con lo fría que está la mañana...

Amalia.—(A A lofo).—Ve á tomar el desayuno... Y voy enseguida...

Ricardo.—¿No habéis tomado nada?

Amalia.—(Severa).—¿Qué cosas tienes!

A lofo.—¡Papa! ¿Antes de comulgar?

Ricardo.—(Emendándose).—Sí, ya sé... Quisiera antes de volver á casa, en casa, comer chocolate...

Amalia.—Por media hora más ó menos. Anda, hijo mío. (A lofo sale).

Ricardo.—Van dos veces en quince días. ¿Es eso lo que conviniere?

Amalia.—Ya estás educado. Tendremos paciencia. ¿Sabes el día que es hoy?

¿Sabes por qué hemos aplicado la comu-

nión?

Ricardo.—Sí, lo sé todo. No me exas-

peres.

Amalia.—¡Jesús! ¡Dios me libre!...

¿Quieres que te higo así como tú?

Ricardo.—(Mirándole).—Dí tuyo.

Amalia.—¿Qué cosas dices!

Ricardo.—Tuyo, sí. No tienes tú la cul-

pa. Te dejé que te educaras á tu gusto;

nunca intervine con mi autoridad para im-

pedirlo.

Amalia.—¿Para impedir qué? ¿Que tu

hijo te creencias, que sea cristiano?

Ricardo.—Para impedir que se llegara el

caso de que mi hijo me considere con des-

deñosa compasión, de que me crea un ré-

probo por quien hay que pedir y rezar á

Dios; para impedir que hoy, al oírle, al

mirarle no me conozca en él, porque no

hay en él nada de mi vida, de mi pensa-

miento, de mi alma... Y yo que te hubiera

matado mil veces si hubiera sospechado

siquiera que eres hijo de mi vida y de mi

sangre no lo era, he consentido una false-

ría espiritista; he consentido que infandara

en mi hijo un espíritu que no es el mío...

Y ahora, ya tarde, lo siento con horror y

reniego de mi paternidad... Y como yo,

tantos padres, por indiferencia, por teler-

ancia, hemos dado el ser á una genera-

ción que nos llevará... ¿Quién sabe á dón-

de?... Si, la culpa es nuestra; es de los que

nacimos entre los tróvicos de las barrica-

das, de los que aprendimos con sangre y

con dolor del alma lo que cuesta la liber-

tal de espíritu y de conciencia, y por que

nos creímos libres para siempre, fuimos

tolerantes... Y no contamos con que vos-

otros, mujeres, resucitaríais en nuestros

propios hijos á los enemigos de la libertad

y de la tolerancia.

Amalia.—¡Pero Ricardo, Ricardo!... ¿Te has vuelto loco? ¡Tú quieres matarme! (Rompiedo a llorar.)
Ricardo.—¡Sí, llora, llora!... Con vuestras lágrimas y vuestros rezos gobernáis el mundo... ¡Así anda ello!

JACINTO BENAVENTE

El abate Perosi

El célebre músico, el niño mimado de los Papas, el autor de misas y motets sin cuento, el católico ferviente, formado bajo las cúpulas vaticanas, se ha hecho protestante; pero no es un apóstata, según dicen los periódicos clericales. Es un enfermo, es un neurasténico, es un loco.

El sistema culminante de su locura, lo que ha pu so de manifiesto que el inspirado compositor no está en sus cabales, consiste en que, de repente, ha dejado de cobrar y de pedir dinero y ha comenzado a darlo á manos llenas.

En un día repartió entre los pobres setenta mil liras que eran toda su fortuna.

Desde ese momento quedó por loco, y para que le tomase en serio y no lo encierran, se ha refugiado en una secta protestante.

Lo confieso. Sabía que en el Vaticano es una locura el dar dinero y negarse á recibirlo, pero ignoraba completamente que existiera una secta protestante en la que no se castiga de neurasténico perdido al que reparte todo lo que tiene entre los pobres.

Recuerdo, eso sí, que Jesucristo aconsejó algo parecido á eso en las tan conocidas palabras: «Vende todo lo que tienes, dá el producto á los pobres y sígueme.» Mas no todos los pobres son iguales, y lo que pudo ser un consejo evangélico, ahora es un síntoma de neurastenia.

También San Lucas cuenta que los cristianos, aun estando limpios de toda neurastenia, arraban sus riquezas á los pies de los Apóstoles para quedarse pobres.

Véase la diferencia enorme que hay entre los tiempos de San Lucas y estos en que los más fervorosos cristianos, sean seglares ó sacerdotes, á fuerza de cristianismo art nouveau, de pobres se convierten en millonarios y accionistas de todas las Compañías poderosas.

Claro. Hayen las malas compañías y buscan las buenas con cada dividendo que canta el credo.

El credo había de ser lo que cantaran los dividendos, y no la Marsellesa ó la Internacional.

El caso es que el gran Perosi, en tiempos de San Lucas no hubiera sido más que un cristiano más, y en los nuestros ha resultado un neurasténico sin adero.

Añaden fehacientes noticias de Roma, que el enfermo ha llegado á decir que le asfixia el ambiente del Vaticano.

¡Pobre Perosi y qué malo debe de estar! ¡Asfixíale el ambiente de un edificio con cientos y cientos de ventanas, rodeado de anchas plazas y frondosas jardines y con unas alturas de techos que le dejan á uno pasmado!

No es, pues, que el ambiente aquel esté viciado, sino que los pulmones del pobre Perosi están enfermos, y, sin duda, medio deshecho.

A no ser que hable del ambiente espiritual, y se refiera precisamente á esa, no diferencia, sino verdadero antagonismo que media entre el dár todo lo que tienes

de Jesús y los Apóstoles y los Mártires, y el enriquecerse cuanto puedas de los modernos santos que pululan por las logias del Vaticano y por los caminos que conducen al Cerro de los Angeles.

Si á eso se refiere Perosi... está más grave todavía, y todos cuantos se interesen por el prestigio de esto que ahora llamamos catolicismo deben repetir continuamente que Perosi no es un apóstata, sino un enfermo, no es un transfuga del catolicismo, sino un caso típico de neurastenia aguda; y que los protestantes esos que lo han recibido no son protestantes, sino loqueros destinados á dar duchas á un músico como se las pudieran dar á otro loco cualquiera.

¡No faltaba más sino que viniera ahora cualquier Perosi, por muy músico que sea, á decir que los cristianos debemos dar dinero á los pobres sin que nos lo saquen por medio de un fox trot, función de toros ó farsea de la flauta!

RAFAEL ESCALERA

LA GUARDIA

I

No creas, lector curiosillo, que voy á hablarte de la que se hace en los cuarteles; mil quinientas pesetas que mi madre soñó loca de alegría y mi padre rabiando, me libraron del servicio militar y nada sé ni conozco de lo que pasa entre espadás y bayonetas; me refiero á otra guardia, á la que hacen los curas, que al fin son milicia de Cristo, y noche y día vigilan al rebaño del Señor.

La Iglesia, como es tan amante de la igualdad que ha creado castas y categorías hasta entre las ratas, ha clasificado á sus curas de mil maneras; y aunque todos tienen el mismo sacerdocio, entre un deán y un capellán de monjas, por ejemplo, hay gran diferencia.

En las parroquias de importancia, sobre todo en las grandes ciudades, además del párroco hay dos ó tres curas que le ayudan á llevar la áspera carga, que él ni siquiera toca con las puntas de los dedos. Estos curas en Cataluña se llaman vicarios y en Castilla coadjutores ó tenientes. Y, por tanto, si uno tiene tres no ha de extrañarnos que hagan guardias.

En algún rincón ó muro de las parroquias habrás visto un alambre ó cadenita que sale de un balcón ó ventana, y al lado un leterero así:

«Por aquí se piden de noche los Santos Sacramentos. Avisar al vigilante.»

La guardia es, por tanto, el estar un vicario y el sacristán en vela, dispuestos á ir donde los llamen para dar el Viático ó la Extremaunción á un enfermo. Existe una habitación especial destinada para la guardia, que suele ser pequeña, sucia y llena de salivazos y colillas. En la pared hay un pequeño armario donde se guardan los chismes de dar la Unción, un par de botellas de aguardiente, una baraja mugrienta y unas tres ó cuatro novelitas llenas de grasa y desencuadernadas. La escena suele estar alumbrada por un quinqué de petróleo, que echa un tufo de mil demonios, ó por velas quitadas de un altar.

II.

El vicario bebe un sorbo de aguardiente, da una chupada al cigarro, tira una carta y dice:

—¡Veinte en oros!

—Si—contesta el sacristán;—por la otra punta; tengo yo el caballo...

—Tengo los pies como el granizo. ¡Maldita guardia y quien la inventó!

—En cambio, el señor cura estará tan calentito en la cama con su *mejordona*...

—Ni murmurar, hombre.

—Como estaríamos nosotros...

—No, lo estarías tú que eres casado; porque yo no tengo mujer...

—Quise decir...

—Lo mismo da; es muy perro este oficio; á lo mejor estoy yo con la Ambrosia...

¿Dónde te reites?

—Yo? De nada, mosen Pedro.

—Pues sí, á lo mejor estoy yo con la Ambrosia... tomando café, y ¡pín! ¡pín! la maldita campanilla; y échese usted á la calle porque á un casado que no ha puesto los pies en la iglesia en toda su vida, se le ocurre acordarse de que es católico cuando se muere...

—Eso me está pasando á mí todos los días; porque usáis esas mires vicarias, pero yo soy solo para todo. Se ha perdido mi mujer con tener un marido sacristán; todas las noches está sola por más que de día... ¡Y gracias que tiene encima al señor penitenciario, que vive en nuestra casa! Porque si algo le ocurre, con sólo llamar... Pero, ¿ha oído usted?

—¿Qué?

—Que tiran del alambre.

Suena ruidosamente la campanilla.

—¡Maldita sea tu estampa y así se te sacra la mano! Y decía yo que esta guardia era muy traquila.

El sacristán abre la ventana y se asoma.

—¿Qué ocurre?

—Que vayan á confesar y á dar la Unción á un enfermo de la calle...

—No podría esperarse á mañana?

—No, señor; es cosa muy urgente.

—¿Por qué no han avisado antes?

—¡Yo que sé! Yo soy un criado y hago lo que me mandan.

El vicario, recogiendo los chismes del armario, gruñe:

—¡Así reventaras, ladrón!

—Bueno—dice el sacristán;—llámenlo al vigilante.

—¿También da sacramentos?

—Por ahora no; es para que nos acompañe.

El criado da palmadas, grita, rebusca, y por fin da con el vigilante, dormido en el quicio de una puerta.

Poco rato después los cuatro se ponen en marcha hacia la casa del enfermo.

Una pájara de esas que vuelan á media noche, ve la comitiva y exclama:

—¡Pobres curas! ¡Y aún hay quien habla mal de ellos!

III

Son las seis de la mañana. Ha terminado la guardia.

El vicario entra en su cuarto y á tientas se dirige á la alcoba.

—¡Ambrosia! Córrete un poco más allá...

—¡Ah! ¡Ya estás de vuelta! ¿Que tal guardia has tenido?

—Una tía más vija que la tuya y á lo último de la feligrésia. ¡Lástima que ella y toda su casta no se hubieran muerto hace cien años!

—Calla, hijo, no te incomodes; anda, mete los brazos y calientate...

FRAY GERONIMO

La tarde del día doce del actual cayó una chispa eléctrica en la nave principal de la iglesia de Pozuelo de Zarcón, provincia de Cáceres, y en

pocos momentos quedó reducido á escombros el altar mayor y las imágenes hechas cisco; y hasta hubiera ardido el copón, si no se lanza un vecino á sacarlo del Sagrario.

Cuando Dios, de cuya cólera son manifestaciones las chispas eléctricas, dispone que caigan sobre los templos y no sobre la redacción de EL MOTIN, ¿qué otro remedio le queda á este misero pecador sino acatar humildemente sus inscrutables designios?

Por esta razón, me abstengo de lamentar los desperfectos que la iglesia de Pozuelo ha sufrido.

El beso en las reliquias

Bueno es conocer las causas de las enfermedades, para poder evitarlas.

Una de las prácticas religiosas más antihigiénica y peligrosa es el beso que se acostumbra dar en las reliquias, imágenes, cordones y demás bisutería mística en las festividades católicas.

No hay razón para que el beso sea práctica religiosa; nada tiene de espiritual ni de divino, ni puede considerarse como acto de adoración; es una caricia esencialmente carnal, ó más bien una manifestación de la sensualidad.

El beso religioso es tan común, que admira ver los efectos destructores de los labios sobre la piedra y el bronce. La imagen de San Pedro, en la catedral de Roma, hállase sentada en su cátedra, con el pie derecho avanzando un poco sobre el pedestal; la estatua es de bronce, y sus dimensiones son casi dobles del natural. Pues bien; los dedos del pie derecho del ídolo han desaparecido completamente, ¡omidos á besos!

Si la boca de los fieles se lleva á pedazos el bronce, mucho más fácilmente arrancará los productos orgánicos depositados sobre las imágenes.

Hoy la medicina, en su marcha progresiva, ha descubierto una infinidad de microbios con caracteres especiales y determinadas para diversas enfermedades, pudiendo transmitirse de un individuo á otro el germen patológico, y dando por consiguiente lugar á síntomas de idéntico padecimiento.

La forma de transmisión es tan variada, que muchas veces se escapa á las más sutiles pesquisas: las reliquias con frecuencia han sido depósito y origen de enfermedades.

La madre que tiene un hijo enfermo del sarampión, escarlatina ó otras dolencias, besa los entreabiertos labios del niño, la esposa, la hermana, los parientes de un ti foído, etc., todos van al templo, y besan las reliquias que consideran más poderosas para la conservación de sus parientes.

En las epidemias, las funciones religiosas, con sus oraciones y rogativas, aumentan el contagio, esparciéndolo la simiente en un terreno abonado para su más rápida y fácil fecundación; el miedo, poderoso agente, domina en el espíritu de los concurrentes, acojados por el terror que infunde en sus sentimientos la creencia de que la epidemia es un castigo de Dios.

El recinto de la iglesia se satura de las emanaciones orgánicas de aprendizas de la aglomeración de personas de todas clases, muchas de las que llevan el germen epi-

démico. Todo el mundo reconoce los peligros de las reuniones numerosas, y por eso se cierran los colegios, los teatros, etcétera: sólo las iglesias permanecen criminalmente abiertas.

Las reliquias, en época de epidemia, desempeñan un papel importante de destrucción, transmitiendo de un individuo á muchos el origen de la enfermedad por medio del contagio inmediato que se verifica.

El individuo que tiene manchas sifilíticas en el paladar ó en la laringe, ó úlceras en los labios; el tuberculoso, que hoy muchos consideran como capaz de contagiar las enfermedades parasitarias de la piel, y tantas otras afecciones susceptibles de transmitirse por contacto directo ó indirecto, deberían bastar para que nadie se atreviese á besar las reliquias.

La repugnancia sólo debería considerarse suficiente para no tocarlas con los labios. ¡Cuántos individuos cubiertos de andrajes, llenos de inmundicia, despidiendo fétidos vapores, aplicarán sus acerosos labios sobre las reliquias!

Entre las cosas de la Iglesia que se besan, las más peligrosas de todas son los cordones que ciñen las cinturas de las imágenes: la extremidad del cordón, con el uso constante de cogerla y besarla, no se desgasta; por el contrario, engruesa, tomando una forma semejante á un tubo de caoutchouc; las asperas de la cuerda desaparecen bajo una espesa capa grasienta y lustrosa. Curioso sería un análisis químico y micrográfico de esa mugre.

¡Cuántos casos patológicos de funesto desenlace habrán recaído como causa el beso dado á las reliquias!

¡Ojo al Cristo, beatos y beatas besucones!

ISOLOI

¡Válgame Dios qué fatigas pasa un capelán sin ama cuando por forzosa ausencia va de viaje la muchacha! Apenas dice su misa tiene que volver á casa donde quinientos quehaceres interesantes le aguardan. Cocinar, encender lumbre, barrer y limpiar la estancia, darle escarola al canario que alegre canta en la jaula, darle un estacazo al perro porque impertinente ladra, evitar que á la despensa dé algún asalto la gata, ver si se sale el bo ijo, si está rota la tinaja, si el grillo quiere lechuga y si el reloj se adelanta; revolver la carbonera, dar plumazos en la sala, ver si hay chinchines en la alcoba, sacudir las hupalandas... ¡Y aun hay periódicos malos como EL MOTIN, verbi gratia, que se extrañan de que un cura esté impaciente sin ama!

Cura desaparecido

El de Valdecaballeros (Badajoz) ha desertado de su parroquia. ¿Causa? La siguiente:

Se llevó á su hogar una agraciada moza del inmediato pueblo de Peloché, y al enterarse los vecinos se echaron á la calle con campanillas, bocinas, cencerros, sarriens y almireces, cantándole coplas al dulce son de tan melodiosos instrumentos; entre ellas la siguiente:

El curulla de mi pueblo de Peloché ha traído un ama que según dice la gente responde por Sinforiana.

Que ole porque sí, que ole porque no; es el cura de mi pueblo un valiente garahón.

En vista de tamaña falta de respeto á su sagrada persona ¿qué podía hacer el aludido? Lo que hizo: desaparecer del pueblo con su costilla, sin despedirse ni de las ánimas benditas. Por esto en la última Semana Santa no se celebraron en Valdecaballeros los oficios divinos, ni pudieron los fieles vaciar en el confesonario el costal de sus pecados, lo que les asegurará la condenación eterna.

Me asusta la idea de que pudiera ponerse en moda en todas las poblaciones la costumbre de celebrar tan ruidosamente la instalación de una mujer en la casa de un cura.

Son tan pocos los que resisten á esa tentación tan agradablemente pecaminosa, que no tendríamos los profanos tiempo para otra ocupación que la de taparnos los oídos.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

José Avellán. Madrid. 200 pesetas.
S. turnino Millas Vald. Oro 4 pesetas.
A. González, Caracuel 1; R. Glide Torres, Almadén, 150; E. Alajúz, Huelva, 2; José Martínez Puerto de Santa María, 4; F. Ubiera. Orense, 1.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Caracuel.—A. González. Abonada su suscripción á fin Agosto 1923.
Pola de Laviana. Dionisio Canal. Idem á fin N.º noviembre 1922
Huelva. Enrique Allepez. Id. á fin Diciembre 1923.
Orense.—Francisco Ubiera. Id. á fin Marzo 1923.
Aracena.—Teodoro Rufino. Id. á fin Diciembre 1922.
Villaviciosa.—Antonio Ruiz. Id. á fin Abril 1923.
Santiponce.—J. Pichardo. Id. á fin Noviembre 1922.
Aranjuez.—Mario Martín. Id. á fin Diciembre 1922.
Sevilla. Francisco Guero. Recibido su giro de 25 pesetas. Cor. forme.
Lluchmayor.—Bernardo Salvá. Id. de 11.70. Cor. forme.
Puerto de Santa María.—José Muñoz. Id. de 10. Con forme.
Valverde del Hierro.—J. Fernández. Id. de 2. ¿para qué?
Gijón.—Félix López. Id. de 40. Con forme.
Cheste.—L. Guillén. Id. de 12 á su cuenta.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla. 2.º.—Madrid.